

Marta Inés Restrepo o.d.n.

EN LA MUERTE DEL PADRE

DAVID ARANGO BERRIO

En forma trágica y cruel murió el 7 de Mayo pasado el Padre David Arango Berrío, Profesor de la Facultad de Teología, nuestro gran amigo y compañero de trabajo desde los comienzos mismos de la Facultad. Las palabras simples que nos hicieron conocer en esa mañana la triste noticia, fueron un choque brutal que hizo sentir a todos duramente la experiencia de la muerte: “ha muerto, lo han matado”. La experiencia del contraste entre un rostro que ayer percibíamos sonriente, cálido, cercano y el que hoy aparecía marmóreo, inerte, ausente, nos conmovió profundamente.

David era un hombre de Dios. Un hombre cuya vida no tenía hendija alguna, porque no mostraba nunca vacilación en su orientación a Dios. Totalmente entregado a los demás, no existía para él el descanso, ni el hablar de sí mismo, ni el cálculo para reservarse algo para sí mismo. Había encontrado el sentido de la vida y ni siquiera estaba ausente de ella la capacidad de encontrar el sentido de la muerte. Fue así como, pocos días antes de morir en la plenitud de su vida, ofrecía el 4 de Mayo un hermoso testimonio acerca del sentido del sufrimiento, en una charla sobre la paciencia y el sufrimiento de Job, que su modestia no nos impide hacer conocer:

“Hasta ahora no se ha inventado para el dolor sino la anestesia: la droga, el alcohol, el trabajo. Pero todos estos narcóticos deterioran al hombre. El hombre no tiene lugares en el corazón sino cuando el dolor entra en él. El hombre del siglo XX sufre menos porque es

menos sensible, porque está narcotizado: le han arrancado el corazón. Está atento a otras cosas. Entiende menos el dolor, que le resulta poco familiar. Va en una carrera de eliminación a la búsqueda de la justificación por las obras, por las estructuras, por la ciencia, por el psicoanálisis.

Para Jesús no hay que anestesiar el dolor para estar gozosos. Su gozo es la paternidad de Dios, la tranquilidad de sentirse amado por el Padre en aquello que le está pasando. Dios Bueno lo ama. La fascinación de Jesús era una llamada al gozo.

El gozo es la realización del objetivo de la vida. Por eso el problema del sufrimiento debemos proponérselo desde la felicidad. Qué es la felicidad?

- *No puede ser una ilusión, porque entonces no sería realizable.*
- *No puede estar en otro, porque no puedo darle a otro el poder de hacerme feliz o infeliz.*
- *No está en el placer porque embota y pasa.*
- *No está sino al nivel del SER.*

La felicidad tenemos que ponerla en algo donde el mismo dolor no la amenace. Por ejemplo, si a mí me fueran a matar o a secuestrar en este momento, les diría: Ustedes a mí no pueden hacerme ningún daño, porque van a darme lo que más deseo...”.

En preguntas insistentemente sorprendentes, David vertió su reflexión sobre los textos pascuales, que propuso para la meditación, precisamente en los días de su muerte:

- *Qué significa y realiza el que Jesucristo sea la vida?,*
- *Qué es la vida eterna?*
- *Qué significa ser amigos de Jesús?*
- *Qué significa dar la vida como Jesucristo?*

Una vida sin hendidura, cuya búsqueda sin reservas fue Dios mismo. A quienes dejó percibir tímidamente lo que era su itinerario espiritual, aparecía claro que esta búsqueda era constante en su vida. Así lo muestran sus tiempos regulares de retiro a la soledad, como los que transcurrió cada año en el Yermo Camaldulense de Nuestra Señora de la Candelaria, donde escribía en 1972: “Larga caminata de seis horas, sin mirar piedritas ni paisajes. Me pregunto simplemente qué significa seguir

a Jesucristo y cuáles son las exigencias de este seguimiento”. Y en 1973: “El año pasado me preguntaba por el significado del seguimiento de Cristo. Este año estoy ante la pregunta: Qué es Dios para mí? El todo otro distinto de lo que podemos pensar, imaginar y desear...”. Y en 1977: “Cada vez menos que decir. Llevo siete días y podría decir: Día único, tema único... Aquí no funcionan los sentidos, ni el cerebro, porque nada saben de Dios... La experiencia de Dios es un don que no tiene punto de referencia adecuado. Incluye una escala nueva, capaz de provocar una verdadera conversión de todo el ser a Dios. Ella produce el hombre nuevo y se expresa en la verdadera vida nueva...”. Y días más tarde: “Hoy termino mi retiro. Me acepto en mi cero absoluto (-283°), pero creo que eso no impide que toda la actividad sea signo de ofrenda a Dios...”.

El que parecía no mirar nunca atrás, sino vivir siempre el momento presente, mantenía en su vida una coherencia sorprendente, como aparece en lo que escribiera el 13 de Enero de este mismo año, al terminar su “desierto” entre los monjes camaldulenses: “Una revisión general de todos los retiros largos después de ordenado, que muestra una cierta unidad temática, me sorprendió porque todos versan sobre lo mismo, tienen los mismos textos y propósitos, en cuanto a contenidos. Podrían reducirse a: vivir para Dios, hacer su voluntad. Texto: “Mi vivir es Cristo”. Propósito: pedir el Espíritu Santo”.

Exigente consigo mismo, casi intransigente, David se fue perfilando como figura de contemplativo, en medio de un rudo horario de servicio que se extendía casi siempre desde las 5:15 a.m. hasta las 2:00 y 3:00 de la madrugada del día siguiente.

Fascinado por la ciencia y por la técnica, su pasión era la lógica, la matemática, una síntesis “cibernética” de la realidad. Su máximo dolor el no ser lógico, lo que en último término significaba para él no coincidir totalmente con el “Modelo” propuesto. El que podía hacer aparecer frío esta pasión lógica, que él mismo celebraba, no estaba privado de un gran calor humano sino que encerraba la fuerza liberadora de un corazón libre que no tenía medida, cuando se trataba de comprender a los demás.

Teólogo en el mejor sentido ideal de la palabra, Profesor de la Facultad de Teología, desde su fundación, a cargo de las Cátedras de Moral; Profesor de las mismas asignaturas en la Sección de Estudios Bíblicos de la antigua Facultad de Ciencias y Humanidades de la Universidad de Antioquia; Teólogo Asesor de la Corporación Colombiana para el Fomento de Trasplantes de Organos y Tejidos; Miembro de la Comisión Teológica Arquidiocesana y del Tribunal Eclesiástico, entre

otros muchos servicios que prestaba, David desempeñó un ministerio teológico y pastoral fecundo, caracterizado por su exactitud y coherencia, por su espíritu de fe y de fidelidad a la Iglesia, por su amor a los hermanos. Si una obra teológica tiene que ser medida humanamente por el número de escritos, es difícil valorar la suya. Nunca escribía, si no era para consolar, para iluminar y para confortar amigos ausentes, o para realizar esquemáticamente los “pesados” trabajos de su oficio de profesor y para reunir un inmenso material, en sus incontables horas de trabajo, para el servicio académico de sus alumnos: “Yo no escribo sino para otros”. No realizó una obra teológica para ser reconocida, ni mucho menos elogiada, sino para servir con un ministerio que enriquecía eficazmente a quienes lo necesitaban y para adentrarse en la profundidad de toda la realidad y de Dios. Más elocuente que todo es hoy, por eso, la resonancia viva de su palabra teológica y espiritual en el corazón de todos los que la escucharon y no la olvidan. Y teólogo en todas las circunstancias de la vida, aún en las más simples, como cuando miraba los aviones y decía: “Las cosas no se ven de su tamaño sino desde arriba”. La verdadera trascendencia de su ministerio teológico sólo se ve de su tamaño desde Dios.

Hemos perdido a un amigo, a un compañero, a un hermano. Ahora desde su muerte, “desde arriba”, vemos mejor la grandeza de su vida. Por eso, al preguntarnos por su muerte sorpresiva, precisamente por la suya, no nos queremos detener perplejos a lamentar la triste realidad de la miseria de una sociedad que no perdona ni a los mejores, sino que hacemos venir a nuestra mente uno de los últimos pasajes de San Juan (su Evangelio preferido), cuando Pedro preguntaba a Jesús por la suerte del discípulo predilecto: “Si yo quiero que se quede así... a tí qué?”. Porque sabemos que David ha encontrado a Dios, lo que más deseaba, en plenitud, y porque queremos comprender que, al morir, Dios ha manifestado, al acogerlo, una cierta preferencia.

“La historia de la teología prueba que en ella sólo han tenido eficacia viviente aquellas teologías que no solamente coexistían con su espiritualidad, sino que la llevaban en sí mismas, incorporada a lo más íntimo de su ser”
(Hans Urs von Balthasar).